

## Capítulo 7. Carta N° 7.



Querida amiga: La última carta le resultó a usted demasiado seca. A mí también. Pero deje usted de criticar. No es usted la que me inspira lo que yo digo, por lo que no puede esperar que diga lo que a usted le gustaría. Decídase de una vez para siempre a no buscar en mis cartas las alegrías y las preferencias de su Yo, léalas como se leen las narraciones de viajes o las novelas policíacas. La vida es más que suficientemente seria y, por eso, con toda intención, no se debería tomar en serio ni las lecturas, ni el estudio, ni el trabajo, ni nada.

Usted se queja también de que falta claridad. Ni la transferencia ni la represión han llegado a ser cosa verdaderamente vivas delante de sus ojos, como usted y yo lo deseamos. Son, para usted, aún palabras vacías.

En esto no puedo estar de acuerdo con usted. ¿Puedo llamarle la atención sobre un lugar en su última carta que demuestra lo contrario? Usted habla de su visita a Gessners, por cuya comicidad -dicho sea de paso- la envidio a usted, y cuenta cómo una joven estudiante se las arregló para cargar con toda la cólera de Gessners y lo que éste tenía a mano porque se atrevió a contradecir al todopoderoso de los del último curso de bachillerato y, en su exaltación, a poner en duda la utilidad de las clases de griego. “Yo debo reconocer -sigue usted- que ella se portó de una manera poco educada con el viejo profesor, pero no sé cómo en ella me agradó todo. Quizá se debió a que me recordaba a mi desaparecida hermana, que, como usted sabe, murió en medio del examen de estado. A ella le pasaba lo mismo, podía ser cortante, casi mordaz y, en caso de estar exaltada, hiriente. Para colmo, la muchacha tenía una cicatriz encima del ojo izquierdo, exactamente lo mismo que mi hermana Susa.” Aquí mismo tiene usted una transferencia de primera categoría. Por tener alguien una semejanza con su hermana, ya le es a usted simpática, aun cuando usted misma se da cuenta de que esa simpatía no está del todo justificada. Y, lo más bonito de todo: usted misma, sin saberlo, presenta en la carta el material que explica cómo ha llegado a tener lugar la transferencia. ¿O, acaso, me equivoco? ¿Es que no procede de su hermana el anillo de topacio, de cuya pérdida y reencuentro usted, totalmente en contra de lo que acostumbra en sus cartas, hablaba detalladamente un poco antes? Sus pensamientos estaban ya ocupados con su hermana Susa antes de que usted viese a la muchacha.

Y ahora vayamos a la represión: Después de haber escrito que su maleducada amiga tenía una cicatriz por encima del ojo izquierdo, “exactamente igual que mi hermana Susa”, sigue usted: “Yo no sé propiamente si Susa tenía su cicatriz sobre el ojo izquierdo o sobre el derecho.” ¿Por qué, por qué no lo sabe usted, tratándose de una persona tan cercana, a quien usted ha visto todos los días durante veinte años y cuya cicatriz se le debía precisamente a usted? Pues es la misma que usted, de niña, le hizo “sin querer”, jugando con las tijeras, ¿no? Ya sabe usted que mi opinión es que ello no aconteció sin querer. Como usted recordará, ya hablamos una vez del asunto y usted acabó concediendo que alguna intención sí debió existir. Una tía había ponderado los ojos de Susa, mientras que los de usted los había comparado con los de una gata, para provocarle. El hecho de que usted no sepa si la cicatriz estaba a la derecha o a la izquierda es consecuencia de la represión. El atentado contra los hermosos ojos de su hermana de usted le resultó, desde el principio, desagradable, aunque sólo fuera por el hecho de que temía las reprimendas y el disgusto de la madre. Usted ha tratado de acabar con estos recuerdos, ha tratado de reprimirlos, pero eso solo lo ha conseguido sólo parcialmente. Solamente ha logrado echar de la conciencia el recuerdo de dónde estaba la cicatriz. ¿Qué de dónde sé yo todo esto? Porque usted me ha contado que, desde la muerte de su hermana, al igual que a ésta, le aqueja a usted un dolor de cabeza que sale del ojo y le abarca todo el sector izquierdo de la cabeza, y

porque su ojo izquierdo de vez en cuando -no es que le haga a usted feo, pero es cierto- no mira a la derecha, sino que bizquea un poco como si buscara ayuda hacia fuera. Usted, en aquella ocasión, inventó la palabra “sin querer” para tratar de darle apariencias de bien a lo que estaba mal, e hizo trasladar la herida en su fantasía desde el lado izquierdo, el lado malo, el injusto, al lado bueno, al derecho. Pero el Ello no se deja engañar fácilmente. Para significarle a usted que había hecho mal, debilitó el nervio del músculo de uno de sus ojos, la amonestó a usted a que no se apartara otra vez del camino recto. Y cuando murió la hermana usted heredó su dolor de cabeza, el dolor del lado izquierdo de su cabeza, que tan terrible le resultaba a usted siempre. A usted entonces, siendo niña, no la castigaron, probablemente porque temblaba tanto de miedo que la madre sintió compasión de usted; pero el Ello reclama su castigo, y si se le quita la alegría de conseguirlo, algún día, a menudo muy tarde, acaba consiguiendo vengarse, de eso no hay duda, y más de una enfermedad enigmática nos descubre su secreto si preguntamos por los azotes que no recibimos y debimos recibir en nuestra infancia.

¿Puedo darle aún otro ejemplo de represión sacado de su misma carta? Es muy aventurado, si usted quiere, quizá hasta traído por los pelos, pero yo creo que es cierto. Hablé en mi última carta de tres cosas: transferencia, represión y símbolo. En su respuesta hace usted referencia a la represión y a la transferencia, pero de los símbolos ni palabra. Y el símbolo del que ante todo hablé era el anillo. Pero hete aquí que en lugar de hablarme del símbolo en su carta, lo pierde usted en la figura de su anillo de topacio. ¿No es gracioso esto? Según mis cálculos -y su carta me da la impresión que los confirma- recibió usted mi carta con las bromas alrededor de jugar con el anillo el mismo día que perdió usted el anillo de su hermana. Y ahora, séame usted, por favor, buena y sincera. Su hermana Susa era la más cercana en edad a usted, y a mí me parece casi seguro que ustedes se enteraron juntas de los secretos sexuales, de cuyos comienzos uno no se acuerda o no se quiere acordar. Teniendo esto en cuenta, dígame: ¿no tenía Susa algo que ver con esos juegos y el anillo de la mujer, es decir, con el aprendizaje de la masturbación? He venido a parar aquí porque usted responde de una manera muy corta y seca a mis explicaciones sobre la masturbación. Me parece que usted, oprimida tal vez por su conciencia de culpa, es de todo punto injusta con esta inocente satisfacción humana. Pero no olvide usted que la Naturaleza da a los niños hermanos y compañeros de juegos para aprender de ellos la sexualidad.

¿Me permite volver de nuevo sobre aquel extraño acontecimiento humano, sobre el cual no hace mucho ya comencé a hablar, es decir, sobre los partos? Me ha llamado la atención de que mi aserto de que el dolor potencia el placer lo haya aceptado usted sin contradicción. Recuerdo muy bien haber discutido una vez muy vivamente con usted sobre el placer que siente el hombre en hacer daño y en sufrirlo. Fue en la calle de Leipzig, en Berlín. Uno de los caballos de una diligencia había caído y la corriente de los que circulaban por la calle se concentró implacablemente en aquel lugar. Hombres, mujeres, niños, gente bien vestida y trabajadores con mono, todos observaban, con mayor o menor satisfacción, los esfuerzos del animal por levantarse. En aquella ocasión me tachó usted a mí de rudo y bárbaro porque dije que era bueno que aconteciesen estos accidentes y hasta llegué a declarar como natural y explicable el interés que las señoras ponen en los procesos judiciales contra asesinos, en las catástrofes mineras, en los accidentes de navegación, etcétera.

Podemos, si usted quiere, reanudar la discusión. Tal vez ahora lleguemos a una conclusión.

Los dos acontecimientos importantes de la vida de una mujer y, por extensión, de la vida de cada hombre, pues sin estos dos sucesos nadie podría existir, son el primer acto sexual y el parto, y ambos están indisolublemente asociados al dolor. La coincidencia es tan llamativa que yo no puedo menos sino tratar de encontrarle un sentido. Sobre el carácter placentero de los dolores del parto se puede discutir, a causa de los gritos que la mujer exhala, pero en lo que a los placeres de la primera noche respecta, no hay diferencia de opiniones. Es precisamente con lo que las chicas sueñan dormidas y despiertas, lo que el hombre y el muchacho se imagina y desea. Hay chicas que, según dicen, tienen miedo al dolor. Siga usted investigando; se encontrará con que los fundamentos de ese temor son otros. Se trata de problemas de conciencia, de complejos masturbatorios y de representaciones infantiles muy ocultas que hablan de lucha entre los padres, violencia por parte del padre y heridas sangrientas en la madre. Hay mujeres que cuando recuerdan la

primera noche con su marido las invade un auténtico escalofrío de terror: siga usted investigando, y dará con la frustración, con el desengaño de que todo quedó muy lejos de lo que ella había esperado y, más profundamente, se encontrará aún con la prohibición materna al gozo sexual y con el miedo a la herida. Ha habido épocas, e incluso épocas de superior cultura, como entre los griegos, en que el hombre retrocedía, temeroso, ante la desfloración de la mujer, y encomendaba esta tarea a un esclavo, pero todo esto no pone en tela de juicio el deseo del primer acto de amor, deseo que conmueve y excita las profundidades del ser humano. Procúrele usted a esa chica que tiene miedo un amante prudente que la haga deshacerse de su sentimiento de culpabilidad y sepa transportarla en éxtasis; sin duda que apurará el dolor loco de placer. Procúrele usted a la mujer desengañada un compañero que sea capaz, a pesar de tener ya roto el himen, de excitar su fantasía de tal modo que tenga la sensación de estar realizando su primer acto: su vagina se contraerá, apurará con delirio la delicia del dolor del que una vez se vio privada y hasta sangrará, para engañarse a sí misma. El amor es un arte muy extraño que sólo en parte se puede aprender, y si alguien lo gobierna, eso es el Ello. Eche usted una ojeada en los secretos quehaceres matrimoniales; se admirará de constatar cómo personas, ya incluso con muchos años de matrimonio, vuelven a revivir la noche de bodas, no sólo en su fantasía, sino con todas sus alegrías y temores. Y hasta el hombre que tiembla cuando piensa en el dolor que va a causar a la amada, cumplirá su cometido con alegría si su compañera sabe seducirlo.

Con otras palabras, el dolor pertenece, de derecho, a estos supremos momentos de placer. Y todo, sin excepción, todo lo que se pueda decir contra esta frase tiene sus fundamentos en el miedo, en la conciencia de culpa del hombre, sita en las profundidades de su alma. Y cuanto más grandes son, con mayor fuerza afloran en el momento de realizarse todos los deseos revestidos de miedo ante el dolor. En realidad, se trata de miedo ante un castigo ya hace tiempo merecido.

Así pues, no es verdad que el dolor sea un obstáculo para el placer, pero sí es, por el contrario, cierto que es una condición para el mismo. Así pues, tampoco es verdad que el deseo de causar daño sea antinatural y perverso. No es verdad lo que usted ha leído y aprendido sobre el sadismo y el masoquismo. Tachar de perversiones a estas dos inclinaciones humanas imprescindibles, implantadas sin excepción en todos los hombres lo mismo que la piel y el cabello, que pertenecen a su esencia, es consecuencia de la necesidad colosal de un erudito. Que los demás la repitan, se comprende. Durante milenios se ha educado al hombre para la hipocresía, y ésta es ya una segunda naturaleza en él. Sadistas somos todos y cada uno, masoquista es cualquiera. Todo el mundo se ve coaccionado por su naturaleza a desear hacer daño y a desear sufrirlo: el Eros le obliga a ello.

Pues la segunda parte de la cuestión es ésta: no es verdad que un hombre quiera ocasionar dolor y otro quiera sentirlo, que el uno es sadista y el otro masoquista. Todo hombre es las dos cosas a la vez. ¿Quiere usted la prueba?

Es fácil hablar de la rudeza del varón y de la delicadeza de la mujer y todos los carcamales de uno y otro sexo y todos los beatos lo repiten ante el común aplauso de los que piensan como ellos, entre los cuales debemos contarnos también nosotros, con tantas horas de hipocresía a la espalda. Pero deje usted caer a alguno de estos femeninos seres en frenesí dionisiaco -no, esto no es necesario, y no pegaría bien que usted, como mujer, lo hiciera-, no, dele únicamente la libertad, el ánimo, de dejarse llevar de sus instintos, de amar verdadera y auténticamente, de mostrar su alma desnuda, y usted verá cómo muerde y araña como un animal, cómo hace daño y goza en ello.

¿Se acuerda usted del aspecto que tenía su hijo en el momento de nacer: con inflamaciones, magullado, como un gusanito muy maltratado? ¿Se ha dicho usted alguna vez: eso lo hice yo? Oh, no, de ninguna manera; todas las madres y las que piensan serlo se contentan con hacer gala de los propios dolores. Pero parecen no tener ni rastro de sentimiento por oprimir sin misericordia a una criatura delicada e indefensa con la cabeza para adelante tratando de forzarlo a través de un paso excesivamente estrecho, y esto durante horas enteras. Es más, hasta tienen el empaque de decir que el niño ni sufre ni se entera. Pero si el padre o alguna otra persona coge al recién nacido de manera un poco brusca, en seguida gritan: “Le haces daño al niño”, “este manazas de Pedro”, y cuando sale al mundo, sin aliento, la comadrona le azota en el culo hasta que, como prueba de que siente y le duele, llora. No es verdad que los sentimientos de la mujer son tiernos,

que odia la rudeza y la desprecia. Esto lo hace únicamente cuando los rudos son los otros. A su propia dureza y rudeza las llama ella sagrado amor maternal. ¿O cree usted que un Calígula o cualquier otro sadista se iba a imaginar, así, como si nada, un tormento tan fácil y tan refinado como es oprimir a uno haciéndolo pasar con la cabeza por un agujero estrecho? Yo vi una vez a un chiquillo que había metido su cabeza por un enrejado y que luego no podía ni entrar ni sacarla. Jamás me olvidaré de sus gritos.

La crueldad, el sadismo, si usted quiere llamarlo así, es una cosa de ningún modo ajena a la mujer. No es necesario ser una madre desnaturalizada para atormentar a los propios hijos. No hace todavía mucho que usted me contó cómo una de sus amigas se solazaba en el rostro ofendido y sorprendido de su hijo, cuando, de repente, le sacaba el pezón de su boquita hambrienta. Un juego, sin duda, fácilmente comprensible y por todos nosotros repetido en esta u otra forma. Pero es un jugar con el tormento ajeno y..., pero bueno, antes tengo que decirle lo que significa, aún cuando usted misma debería descubrirlo, caso de acordarse de los símbolos. La madre, mientras el niño chupa, hace las veces de varón, mientras que el niño ocupa el lugar receptor de la mujer, para decirlo con toda claridad: la boca del niño es el órgano genital femenino, que incorpora en sí misma la mama como órgano genital masculino. Hay un parentesco simbólico, un parentesco muy íntimo entre el acto de mamar y el coito, simbolismo que es utilizado para fortalecer los lazos entre madre e hijo. El juego de su amiga comporta una tonalidad -supongo que inconscientemente- que es claramente erótica.

Y así como la mujer, cuyo campo es, según se dice, el dolor, no deja de procurar dolor gozando en ello, así el hombre, violento, busca también el sufrimiento. El placer del hombre es el esfuerzo, el tormento de la tarea a cumplir, la seducción del peligro, la lucha, y, si usted quiere, la guerra. La guerra en el sentido de Heráclito; la guerra con los hombres, las cosas, los pensamientos. Y al contrincante que más le hace sufrir, a la tarea que casi lo ahoga, es lo que más ama. Lo que más ama es la mujer, el enemigo que más le hiere. No admire usted al hombre que corre detrás de una coqueta sin entrañas, admire usted más bien a aquél que no lo hace. Y cuando vea usted a un hombre que ama apasionadamente, saque, con toda tranquilidad, la conclusión de que su amada es de corazón cruel, profundamente cruel, de esa manera de ser cruel que parece que destila bondad y, como jugando, hiere.

Todo esto le resulta a usted, sin duda, paradójico, le resulta una típica broma del maligno. Pero desde el momento en que se ha puesto usted a buscar razones para refutarme, se le han ocurrido ya infinidad de cosas que confirman lo que yo digo. El hombre es concebido en dolor -pues la auténtica concepción es la de la primera noche- y en dolor nace. Y todavía más: es concebido y parido en sangre. ¿No ha de tener esto ningún sentido?

Reflexione usted al respecto, es suficientemente inteligente para ello. Ante todo, vaya haciéndose usted a la idea de que el hombre recién nacido siente, de que siente incluso tanto y más que una persona mayor. Una vez captado esto, considere otra vez lo que acontece con el nacimiento. Como se dice: el niño sale a la luz del mundo; el hombre ama esta luz, la busca y se la inventa para espantar las tinieblas de la noche. Sale de una estrecha cárcel a la libertad, y el hombre ama la libertad por encima de todo. Por primera vez consigue respirar, goza del placer de arrastrar el hálito de la vida a su interior; durante toda su vida es el libre respirar, para él, lo más hermoso. Angustia, miedo a asfixiarse es lo que le oprime durante el nacimiento, y esta angustia es su inseparable compañera durante todos los días de su vida, en todas las supremas alegrías, en todas las alegrías que hacen retozar su corazón. Dolor experimenta él en su empuje, camino de la libertad; dolor le ocasiona a su madre con su cabeza, y ambas cosas las sigue buscando siempre, eternamente siempre, víctima de un eterno retorno. Y lo primero que perciben sus sentidos es el olor a sangre mezclado con los raros y excitantes vapores del seno materno. Usted es una mujer instruida, usted sabe perfectamente que en la nariz hay un punto íntimamente relacionado con los genitales. El lactante tiene este punto lo mismo que cualquier hombre mayor y a usted le resultará increíble cuando se entere qué sabiamente sabe aprovechar la naturaleza el aparato olfativo del pequeño. La sangre que el hombre derrama cuando viene al mundo, cuya esencia respira la primera vez que se abren sus pulmones y que jamás podrá olvidar, es la sangre de su madre. ¿Por qué no habría de amarla? Profundamente oculto, detrás de todo esto, se esconde algo que une con fuerte y divina mano a madre e hijo, a saber, la culpa y la muerte. Pues quien derrama sangre ha de

pagarlo con el derramamiento de la suya.

Ay, querida amiga, el lenguaje humano y el humano pensamiento son débiles instrumentos cuando quieren dar noticia del inconsciente. Pero las palabras madre e hijo lo hacen a uno pensar. La madre es la cuna y la tumba; da vida para morir.

Y si no me decido de golpe y porrazo a terminar, no voy a acabar nunca esta carta.

PATRIK TROLL

*Volver a Publicaciones de Groddeck*

*Volver a Newsletter 24-ex-50*